



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

La Motte d'Usseau Patern Roué, ssc

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

LA MOTTE D' USSEAU

INTRODUCCIÓN	3
1º Circunstancias de la marcha de Coussay-les-Bois (Abril – Mayo 1792) ..	3
2. En camino hacia Usseau.....	4
Capítulo I - Usseau: los Lugares	4
1º. El castillo	4
2º La granja	6
3º El Falso-Granero	6
Capítulo II – Usseau: los habitantes	8
1º Los Maumain	8
2º. Los Viart.....	9
Capítulo III - La Vida del Buen Padre en Usseau	10
Capítulo IV: La Visión de Usseau.....	15
1º La Misión histórica del P. Coudrin	15
2º La visión	17
3º El modo de la visión	20
Conclusión: la Nostalgia de la Motte d'Usseau	21

LA MOTTE D' USSEAU

Patern Roué, ss.cc.
Nouvelles, 1951-1952 ¹

INTRODUCCIÓN

1º Circunstancias de la marcha de Coussay-les-Bois (Abril – Mayo 1792)

Ordenado sacerdote en París el 4 de marzo 1792, el sacerdote Coudrin abandonó la ciudad a finales del mismo mes. No podemos dar una fecha precisa, sabemos solamente que el 27 estaba aún en el seminario Lombardo, acabando allí un retiro sacerdotal, ya que ese día firmó una misiva al Soberano Pontífice. El viaje de vuelta se efectuó alejado de las rutas públicas por una ocasión excepcional que se presentó de un modo muy curioso. Los "Turgotines" (diligencias de los mensajeros reales), como se las llamaba entonces, o los portadores de equipajes, empleaban cuatro largos días y tenían 37 etapas para franquear las 87 leguas de París a Poitiers. El coche privado que utilizó el joven sacerdote apenas podía ir más deprisa. Como fuere, le encontramos en Coussay-les-Bois, el 3 de abril justamente en el momento de firmar en el bajo del acta de matrimonio de su hermano Carlos con Rosa Venault.

Era el martes de la Semana Santa y el honor de cantar su primera Misa Mayor fue fijado para el domingo siguiente, 8 de abril, en la solemnidad de la Pascua. No voy a repetir aquí los incidentes que marcaron aquella jornada, acontecimientos trágicos, fechas señaladas en la vida de nuestro Fundador. Con una orgullosa independencia característica que le va bien con su carácter, el celebrante afirmó en voz alta que ni él ni nadie de su familia tomaría parte en un acto cismático, es decir, en la elección de los párrocos intrusos que debía realizarse en Châtellereault el 15 de abril siguiente. Los revolucionarios furiosos montan un complot para arrestarle después de las vísperas. Advertido a tiempo, Pierre Coudrin, el párroco Sr. Limousin, su hermano Javier y otro sacerdote, quizás el abbé Rion, su tío materno, en lugar de salir por la puerta principal donde se les está esperando, toman una puerta lateral que da sobre el cementerio, y se refugian a algunos kilómetros de allí, en la granja de los Chézeaux, en el ayuntamiento de Mère, propiedad del padre del abbé Arnaudeau, condiscípulo de seminario e íntimo amigo del abbé Coudrin. A este hecho y a esta fecha es a la que hay que referirse para resaltar una bella

¹ Este estudio no es más que el resumen de una conferencia dada a los estudiantes de Roma: esto explica su tono personal y el estilo directo.

reflexión de éste. No había tenido tiempo, ya se adivina, de despedirse de sus padres; se alejaba desprovisto de lo más estrictamente necesario. Por eso confesó un día, "me sentí extremadamente feliz al encontrarme absolutamente sin nada y al tener que sufrir por Jesucristo".

2. En camino hacia Usseau

¿Cuánto tiempo permaneció el abbé Coudrin con los Chezeaux? Misterio. Estaba aún en la región el 16 de abril, día en que bendijo el matrimonio de su sobrino Luis Maumain. Antes de acogerse a un asilo más seguro y más lejano, se fue secretamente a Poitiers. Desde su retorno de París, no había podido ver a sus superiores eclesiásticos y ciertamente se estaba retardando darles cuenta de su viaje, de su ordenación sacerdotal, de los acontecimientos que se habían desarrollado en Coussay-les-Bois.

El abbé, Dancel de Bruneval, vicario general, le dio los poderes más amplios, según las reglas al uso en tiempos de persecución. Poseía en adelante toda la libertad de ejercer el ministerio sagrado, pero aun no había sonado la hora en la que se iba a convertir en el héroe legendario del Poitou: necesitaba un noviciado sólido para prepararse a las luchas del mañana.

Capítulo I - Usseau: los Lugares

[1° El castillo, 2° La granja, 3° El falso Granero]

1°. El castillo

Si van a Usseau por ferrocarril, han de descender en Ingrandes, sobre la línea París-Bordeaux. Una hora a pie, 5 kilómetros por una buena carretera bordeada de nogales, ciruelos y manzanos. Bastante antes de llegar allí, miren ligeramente sobre su derecha, una masa enorme se irá dibujando poco a poco: es el castillo de la Motte d'Usseau. Aún así como se encuentra hoy día, tiene un noble aspecto y solo más tarde se darán cuenta de que ha envejecido y tiene arrugas: la edad por la época ya antigua de su construcción, las arrugas por la falta de los hombres que no han cuidado de su viril belleza.

No es necesario hacer comparaciones del Usseau, tal como lo vemos hoy día, con el que fue anteriormente. Si el castillo ha desafiado los años, el ambiente que lo rodea no es el mismo. En 1792, se podía ver a todo su alrededor un bosque de 230 hectáreas, plantado de árboles variados, entre los cuales dominaba la encina. La vista desde lo alto de las torres masivas, no debía de ser sensiblemente diferente, porque el castillo, colocado en lo alto del terreno, como lo indica su nombre de "La Motte", dominaba toda la comarca por encima de los árboles. En primer lugar, a 250 metros, se halla el pequeño pueblo agrupado en el hueco de un terreno, alrededor del viejo campanario de su iglesia románica.

No voy a hacer historia detallada de esta casa de campo, a pesar del interés que tiene para nosotros. En la época feudal, debieron soñar con utilizar la posición estratégica de la Motte construyendo en ella alguna fortaleza con el fin de dominar y proteger el país cercano. Pero el castillo actual, por su carácter arquitectónico, apenas parece remontarse más allá del s. XV. Es una vasta construcción gótica, cuyo conjunto ofrece un aspecto militar. Una torre redonda, protegida de macadán – machicouli ¹ constituye en cierto modo la torre del homenaje del castillo. Pero la ornamentación de las ventanas, encuadradas en salientes prismáticos, lo mismo que la decoración de los machicouli de la torre o de las murallas, acusan el fin de la época ojival. El conjunto, es de una apariencia grandiosa. Si suben el montículo y si penetran en el interior, quedarán de inmediato asombrados por el espesor de los muros (1,50 a 2 m.). En el interior, salas espaciosas: 5 ó 6 en cada uno de los dos pisos, que miden unos 10 m. por 8; por fin, encima un vasto granero. Largas galerías exteriores, azotadas por un viento vivo y puro, desde donde la vista abraza un panorama extenso y variado; descubre, entre la bruma del horizonte, a 9 Km., la aguda punta de los campanarios de Châtellereault. Hacia la derecha, aún más lejos, Richelieu. Un pequeño río, digamos un modesto riachuelo, tiene su manantial al lado, pero enseguida comienza a serpentear entre los sauces para perderse en el Vienne.

No me atrevo a hablar del estado actual de este castillo-fortaleza. Si ha resistido los mordiscos del tiempo y una ruina total, se lo debe a sus fundaciones, al espesor de sus muros fuertemente encajados, a la calidad de sus pisos; su armazón le permite aún una larga duración. Pero las puertas y ventanas faltan en parte, de ahí una impresión de desorden que provoca sobre el turista un sentimiento de desagrado.

Cuando el castillo de la Motte llegó a ser propiedad de nuestro Instituto, se hicieron en él algunas reparaciones que el P. Prosper Malige calificó “de inteligentes” y que según él, hasta “parecían haberle rejuvenecido”. Es su observación, pero no la de los arqueólogos. Desde el punto de vista arquitectural, estos no encuentran que el escudo de los Sagrados Corazones, esculpido aquí y allá bien visible, sea de un gusto feliz. Lo menos que se podría decir es que resulta un anacronismo chocante, que deploran. amargamente los amantes del pasado. Puede permitirse juzgar de otro modo desde el punto de vista religioso y congreganista, teniendo en cuenta el destino previsto por el Rmo. P. Euthyme, que hizo ejecutar estos trabajos: lo entreveía ó para un noviciado ó para una casa de retiro.

Se puede seguir la lista de propietarios de las tierras de Usseau desde 1424. En los comienzos de s. XVIII entra en posesión de la familia Viart, de sangre antigua de los Blésois, por el matrimonio de Louis-André con la dama Françoise-Charlotte-Celeste Carré de Beaumont. Henry-Louis de Viart, hijo pequeño del precedente, fue su ocupante en 1792, pero después de algunos meses había alcanzado en Alemania el ejército de Condé, mientras su hijo

¹ El “machiculi” es la defensa que se abre en lo alto del paseo de ronda y sobretodo en los torreones, donde hay largas aberturas para dejar caer sobre el enemigo asaltante bolas de piedra, a veces aceite hirviendo

Carlos se enrolaba un poco más tarde en el ejército vandeano. Cuando llegó el abbé Coudrin, no estaban en el castillo más que la Señora Viart y su hija Catherine-Irene. Un hermano de la Señora, Georges-Louis Robin de la Perthière, se encontraba también allí, pero no tardará en morir.

2° La granja

No habríamos dicho nada si nos quedamos contemplando la majestad, o más bien el deterioro del castillo. Tenemos que caminar unos pasos y llegar a la granja contigua: aquí es donde, para nosotros, se encuentra el valor y el encanto del recuerdo.

Como en cada casa solariega de antaño, se levantaban, al lado del castillo señorial, las construcciones para la explotación que daba de comer a sus moradores. ¡Ay! aquí es donde debemos gemir, aún más, porque esta granja, venerable para nosotros, se encuentra en un triste estado. Sin embargo es ella, más que el castillo, la que tiene un pasado cargado de historia. Es esto tan verdadero, que un erudito poitevino, el abbé de la Mauvinière, habiendo escrito una información sobre la Motte d'Usseau y habiéndolo comunicado a la "*Sociedad de Anticuarios del Oeste*", la crítica de uno de sus miembros fue la siguiente (yo estaba presente en la sesión) : "Trabajo que tiene como fin principal traernos el recuerdo *del P. Coudrin; por otra parte es difícil escribir sobre Usseau, como sobre Montbernage, sin encontrarnos con el nombre de este apóstol extraordinario...*". Halagador testimonio para nosotros.

Comencemos la peregrinación a la que nos convida nuestra piedad filial. ¿Qué vamos a descubrir en los primeros pasos? La antigua casa de los granjeros, en la que se encuentra el granero del Buen Padre, está muy destartada: techumbres podridas, muros agrietados, cuarteados hacia un lado, pisos en mal estado. Si volvemos a las actas de venta, es así cómo, en 1892, podemos reconstruir la casa habitada: una gran bodega, dos pequeñas piezas en la planta baja (de la que una será la "capilla" del Buen Padre, pero que por el momento sirve de despacho a Francisco Maumain), encima un granero; tres otras habitaciones en este bajo, una gran habitación en el primer piso y además un granero. Un vasto corral al norte, como se encuentra en todas las explotaciones agrícolas. Les voy a conceder la gracia de otros artículos del inventario.

3° El Falso-Granero

He pronunciado la palabra "granero": es el que nos viene a la imaginación cuando se habla de la Motte d'Usseau. Sin embargo, ¡atención!. Había allí un granero, hasta dos, muy visibles: ¡cómo podía ser de otra manera en una granja! Pero también había un "falso granero", disimulado de algún modo encima y en el ángulo de un verdadero granero. Ninguna puerta lo revelaba al exterior; se subía a él por una trampa secreta y les voy a revelar ese secreto ahora mismo. ¿Cuál era exactamente su cometido? Dejé que me dijeran que se utilizaba para secar ciertas legumbres o para hacer madurar ciertos frutos: jamás he sabido de él algo más.

Una anécdota que no fue más que cómica, pero que podía haberse convertido en trágica, acabará de esclarecernos la posición de este famoso "granero" y su sola vía de acceso. La cuentan aún hoy en la región de Châtellereault tal como nos la ha transmitido el P. Hilarión. Fue de esta manera, según el relato que sobre ello me hizo el Sr. Canónigo Andrault, arcipreste de Châtellereault, en 1931. Poco importa que la investigación de la que quiero hablar tuviera lugar en 1792 o algo más tarde, ya que el *P. Coudrin* reapareció varias veces en Usseau durante sus campañas apostólicas.

Pues un día, un grupo de revolucionarios llegó a la Motte en búsqueda de un sacerdote del que sospechaban estar escondido allí. ¿Sospechaban del mismísimo abbé *Coudrin* en persona? El caso es que él estaba allí, que va a ver una parte de la escena y escuchar todas las palabras, porque los hombres de esta especie no tienen la costumbre de hablar bajo. Hacen las investigaciones más minuciosas de la bodega hasta el granero, lo examinan todo, hasta los toneles y echan a rodar las barricas vacías para asegurarse que no hay nada en el interior. Se dan cuenta de la curiosa depresión producida en la bóveda por el "falso" granero y enfebrecidos le buscan la entrada. El *Sr. Coudrin*, antes en el despacho de trabajo de Maumain, acababa de subir rápidamente a su escondite; esta vez se cree perdido sin remedio. Pero la famosa trampa da encima de las letrinas. La Sra. Maumain se ha dado cuenta del peligro; tranquilamente se instaló sobre la tapa y cuando los esbirros abren la puerta, se vuelven y no pueden más que gritar: "¡Oh!, perdón, ciudadana!" y no siguen adelante: el sacerdote estaba salvado...Ya que hemos hablado del exterior, entremos en el "falso granero". Al no existir ya la trampa, dando una vuelta a la granja llegamos a una puerta exterior. Pero vigilad el lugar en que pisáis si no queréis volver a encontraros por la línea más directa en el piso de abajo. Todo huele aquí a enmohecido, digamos hasta podrido. Escoged un lugar propicio para vuestro primer gesto que será el de arrodillaros, porque aquí estáis en un lugar santo. Cuando os levantéis, mirad en torno vuestro; la luz de la puerta os lo iluminará suficientemente para daros cuenta de que no es la habitación que habríais escogido para instalaros en ella, a no ser sino provisionalmente, como nuestro Fundador. Ahora, quitad la puerta, poned en su lugar las tejas que faltan, estáis en la oscuridad más profunda, tal como lo estuvo el abbé *Coudrin* durante 5 meses. El espacio es de una forma muy irregular. Estas son las medidas tomadas por el P. Louis Fontaine en 1926; diferenciadas en algunos centímetros, con las del P. Hilarión en 1837 y las de Joseph Turpin en 1856:

- Anchura total de la entrada, comprendida la puerta: 2 m 35;
- Profundidad a la izquierda: 5 m 48;
- Profundidad a la derecha: 5 m 55;
- Anchura en el fondo 1 m 50.

La diferencia muy apreciable de la entrada (2 m 35) y del fondo os hará ver claramente (1 m 50) la declinación de los muros.

No os he dado la altura: 1 m 50 según el p. Turpin; 1 m 56 según el P. Fontaine; en él ha podido haber una ligera elevación en el momento de las reparaciones hechas por el P. Euthyme. Conservemos la cifra la más favorable, la del P. Fontaine: 1,56 m. El P Coudrin, aún teniendo una talla más baja de la media, no podía mantenerse allí de pie sin tropezar con el techo. Comprended que esa fue uno de sus mayores sufrimientos, al mismo tiempo que la oscuridad²: ni puerta, ni ventana, tejas ardientes en verano, glaciales en invierno. ¿Seríamos temerarios si comparásemos su escondite con la prisión Mamertina?. El Buen Padre la ha padecido antes que nosotros, y es quizás el recuerdo de Usseau quien le hizo amar tanto ese calabozo romano. “Es casi en las catacumbas como hemos venido al mundo”, escribía otro fundador. Nos creemos en el derecho de apropiarnos esta palabra, a pesar de que no nos encontramos bajo tierra sin bajo un tejado. Después de todo, los primeros cristianos estaban peor en sus subterráneos que el P. Coudrin en su reducto inclinado.

Capítulo II – Usseau: los habitantes

[1° Los Maumain, 2° Los Viart]

1° Los Maumain

Después de los lugares en que se representará el drama, pasemos a las personas que serán sus testigos y demos la plaza de honor, se lo merecen por derecho, a la familia Maumain.

Antes de la Revolución Francesa, Francisco Maumain tenía el título de granjero. Originario de Coussay-les-Bois donde nació el 21 de setiembre 1751, es pariente bastante próximo del abbé *Coudrin*, sus dos abuelas maternas eran hermanas.

Me inclino a creer a los Maumain, lo mismo que a los Coudrin, que son de ascendencia irlandesa, ya que unos y otros aparecen en la misma época, por vez primera, en los registros de Coussay-les-Bois. La ortografía de su nombre, lo mismo que la de los Coudrin, tarda en fijarse: he descubierto 4 ó 5 formas diferentes. Sea cual fuere esta simple hipótesis, que quizás no vale nada, las relaciones de los Maumain a la religión se asemeja, como su sangre, a la de los Coudrin. “Francisco Maumain y su mujer, nos cuenta el P. Hilarión que los conoció, estaban llenas de fe y ofrecían el modelo de todas las virtudes. Si vida y su muerte fueron preciosas a los ojos de Señor”.

2 En el breve escrito de los primeros tiempos “Quelques remarques” 1802, que consta de 78 párrafos numerados, cuenta el P. Hilarión en el n. 60: ‘Una vez que decía mi Misa, subía a mi granero donde pasaba todo mi día leyendo la historia eclesiástica y haciendo oración’. Parece que el encaje de las tejas no era tal como para dejar el lugar a oscuras. En otro párrafo que en este momento no encuentro, habla que entreabría con mucho cuidado una teja, por cuya rendija veía el paisaje y oía a los criados injuriar al Sr. Maumain. N.T.

La Sra. Maumain murió en 1835; su marido la había precedido en la vida mejor. La Sra. Francisca Viart, que había recibido de ellos durante el terror pruebas de la más viva y de la más generosa dedicación, me ha dicho que “el Señor les había favorecido algunas veces con gracias totalmente particulares”. Las cartas del P. *Coudrin* ya sea a Francisco Maumain, como a su hija Irene, que llegó a ser Sra. de Bordessolle, respiran la ternura más filial y la veneración más profunda, junto a un sincero agradecimiento. Escribió al enterarse de la muerte de la Sra. Maumain, estas líneas emocionadas que valen por todo un largo panegírico: “Tengo mi mayor confianza de que ha encontrado gracia ante Dios: ¡ha sido tan virtuosa durante toda su vida! Los sentimientos de fe viva, de sólida piedad y de caridad perfecta de los que ha estado animada, la habrán, no lo dudemos, abierto la puerta del cielo. Consolémonos, pues, mi querida prima (escribe a la Sra. Bordessolle) con la esperanza de volver a encontrarla un día con los otros parientes en la Jerusalem celeste. Yo mismo me siento ya viejo, no puedo vivir por largo tiempo; pero en el santo sacrificio de la Misa *no olvido a ninguno de aquellos a quienes debo la conservación de mi vida*” (noviembre 1835). En su afecto hacia el Sr. y la Sra. Maumain, se llama a sí mismo “su afectuoso hijo” y les da gentilmente los bellos títulos de “papaíta y mamaíta”: no exageraba en manera alguna, porque estos buenos primos le rodearon de tan delicados cuidados.

Francisco Maumain se había casado, en 1783, con Renée-Marthe Lieutaud. Tuvieron cuatro hijos, de los que dos hijas murieron de poca edad, la última el día mismo de su nacimiento (12 julio 1791). Irene, la mayor, ahijada de Francisca Viart, llegó a ser en Châtellereault la Sra. Bordessolle; es la única que tuvo descendencia. Henri-Prosper, nacido el 4 de abril 1786 y bautizado el 5, fue particularmente querido por el P. *Coudrin* y protegido por él. Hacia 1798 le hizo comenzar sus estudios en Poitiers y le colocó pronto en casa de un farmacéutico muy piadoso. Desgraciadamente cayó enfermo y murió santamente en la familia en 1801.

Ha de anotarse, como prueba del buen entendimiento entre los moradores del castillo y sus granjeros, que todos los padrinos y madrinas de los hijos de Maumain, pertenecían a la familia de Viart, excepto la madrina de Magdalena que fue su tía Magdalena Lieutaud. Marta Lieutaud recibió una procuración para representar a la madrina en el bautismo de Irene de Viart.

2º. Los Viart

Una palabra tan solo sobre los Viart. ¿Acaso no es útil conocer bien la que sería la “parroquia” del Buen Padre durante cinco meses? Ya hemos dicho de La Sra. de Viart y su hijo ya no estuvieron en la Motte a la llegada del abbé *Coudrin*: nos interesan por eso menos. El padre volverá de la emigración, pero no lo será ni para la felicidad ni para la tranquilidad de la futura madre Francisca. En cuanto a su hermano Carlos, murió valerosamente, piadosamente, digamos hasta santamente, durante el intento de desembarco, en la península de Quiberon en 1795. Las dos mujeres están en el secreto de los Maumain; participan en su buena obra, suavizando según sus medios la enclaustración de su primo. La Sra Viart aparece más borrosa. Enferma de un

cáncer, su enfermedad le vale para no ser demasiado inquietada; los médicos reconocen su terrible enfermedad y la entregan los certificados necesarios para que escape, aunque es esposa y madre de emigrantes, a las sangrientas represalias con que la amenazaba la ley revolucionaria. Murió en 1795, llorada por los pobres, en una de sus propiedades de la Roche-Posay.

Irene, su hija, dio pruebas de un coraje por encima de su sexo, cuando le fue necesario preparar y llevar a feliz término los proyectos de emigración de su padre. Tiene 20 años en 1792, habiendo nacido el 6 de junio 1772. Acabados sus estudios en una comunidad de Tours en la que hizo su primera comunión el 2 de febrero de 1775, volvió a Usseau y se convirtió en la enfermera de su madre. Al nacimiento se añadían la fortuna, la belleza, una perfecta educación. "La bella Irene", decían las personas frívolas, mientras que las que la conocían mejor la habían calificado como "la espiritual y caritativa Irene". Varias veces buscada en matrimonio, siempre rehusó. Respondía ella: "Este asunto tan importante obliga a maduras reflexiones; soy demasiado joven y si abrazo ese estado querría cumplir todas sus obligaciones".

La última persona, cuyo nombre vendrá a nuestra pluma y que fue la confidente de los secretos de la Motte, no nos ha dejado para nuestra curiosidad más que su nombre, Reine. Doméstica en la familia Viart, compartía los principios religiosos por su piedad y su entrega. Había ayudado mucho a educar a la Señorita Irene en los sentimientos que la reconocemos: "Esta hija, decía ella, me ha impedido muchas veces, cometer faltas". Más tarde se casó en Poitiers y formaba parte de la gran Sociedad del Sagrado Corazón; murió en 1800.

Capítulo III - La Vida del Buen Padre en Usseau

(mayo – octubre 1792)

Después del marco, el cuadro. El cuadro son los lugares y las personas, lo que hemos llamado la "parroquia" del abbé *Coudrin*; el cuadro, será la imagen central, la de nuestro futuro Fundador. Le hemos dejado en Poitiers, al lado de sus superiores eclesiásticos, preparado para ponerse en camino hacia Usseau, porque no tiene donde reposar la cabeza en otro lugar.

El mismo P. Coudrin nos da la fecha del 20 de octubre como la de su salida de Usseau; nos dice igualmente haber permanecido allí cinco meses: hemos de colocar su llegada hacia la mitad de mayo. A pesar de lo que dice el P. Perron, no ha ejercido hasta este momento ningún acto de ministerio público, excepto el matrimonio de Luis Maumain, con delegación de su párroco, y una confesión escuchada en Poitiers después de que para ello ha recibido poderes regulares. Las 5 ó 6 semanas que llevan al joven sacerdote de Coussay-les-Bois, nos son conocidas tan solo por la estancia en casa de los Chézeaux y en Poitiers. Ninguna pista de su actividad. A partir de hoy estamos mejor informados, y abordamos una página palpitante de interés en sí misma y de la más alta importancia para sus futuros hijos. Para mayor comodidad, trataremos separadamente, aunque los hechos se entremezclan unos con

otros, la vida del P. Coudrin en Usseau, después su célebre visión de un Instituto en el futuro.

Si nuestro fugitivo llegaba a un ambiente familiar favorable para su tranquilidad, encontraba allí por el contrario un clima parroquial muy peligroso. El párroco Coutenceau, en funciones desde 1776, tuvo la debilidad de prestar el juramento cismático de fidelidad a la constitución civil del clero. Se dejará llevar, en compañía de su sacristán y hasta sometido a él, a los cargos comunales, primero de oficial público, después de alcalde, sin guardar lazo alguno con su sacerdocio. Llevará la inconsciencia y el olvido de sus deberes hasta presidir y bendecir el matrimonio sacrílego de su vecino, Esteban-Luis Jouanneau, párroco de Mondión. No es extraño que sus notas en el obispado lleven el estigma infamante: "Mal sujeto".

Otro "mal sujeto", el peor de todos, aterrorizaba Usseau donde tenía su casa. El ciudadano Pedro-Francisco Ingrand, de siniestra memoria, uno de los convencionales más ardientes, que se presentaba como enemigo personal de los sacerdotes: "Atreveos contra ellos, seréis apoyados". Llegó, olvidado de la voz de la sangre, hasta amenazar a su hermana de la que sospechaba que guardaba simpatías con el clero no juramentado. Ya se comprende a qué prudencia se veía obligado el abbé Coudrin. Si creyó antes poder permanecer con suficiente soltura en la Motte, donde era poco conocido, quizás hasta ejercer discretamente cualquier ministerio sagrado, no tardó en verse desengañado. Conversaciones cogidas al vuelo, tanto por él como por los primos, le obligaron a tomar precauciones de seguridad ante las noticias, que llegaban un tanto por todas partes, sobre el desarrollo de la persecución, sobretudo en la provincia. Convino con el Sr. y la Sra. Maumain que permanecería siempre en medio de ellos. Solamente, por alejar las sospechas, se despidió de todas las personas de la casa, dueños y domésticos, y salió en pleno día con Francisco Maumin como si fuera a otra parte buscando un asilo. Los dos iban a caballo; permanecieron en los bosques hasta medianoche, hora en que volvieron al castillo. Era en el mes de mayo. Se le colocó al Sr. Coudrin en el escondite que ya hemos descrito largamente. Permaneció durante cinco meses enteros sin salir de allí jamás, si no era por la noche y a veces algunos instantes durante el día, pero sin poner los pies fuera del castillo o de la granja.

En aquel reducto oscuro y sin aire, el recluso podía meditar sin prisas sobre la perversidad del corazón humano. Efectivamente, muy cercano de su granero se encontraba un gran patio en el que trabajaban a menudo grupos de obreros. Delante de Maumain estas gentes se mostraban muy normales, pero cuando él estaba ausente, hablaban muy mal de él, lo mismo que de los otros señores en cuyas casas habían servido.

Lo que consolaba a nuestro solitario, era la amabilidad de su primo y de su digna esposa, que venían a veces a escondidas para distraer sus aburrimientos. Por su lado, la Sra. Viart y su hija compartían la veneración de sus granjeros hacia el joven sacerdote. Trataban de dulcificar su estado

enviándole lo que había de más delicado sobre la mesa; pero por espíritu de mortificación, no aceptaba de hecho más que los platos más ordinarios. Mientras se preparaba así sin saberlo, por la penitencia y la oración, a los rudos trabajos que le esperaban, los acontecimientos seguían su curso siniestro. El 26 de agosto 1792, la Asamblea legislativa lanzaba contra los sacerdotes no juramentados un decreto de deportación que, pocos días después, se convertía por la comuna de París en un arresto de muerte. Doscientos eclesiásticos, sacerdotes seculares o religiosos, eran encarcelados en el convento de los carmelitas u otras prisiones de la capital. Se dio la orden, el 2 de setiembre, de asesinar a estas ilustres víctimas. Si el abbé Coudrin hubiera escuchado sus nombres, habría reconocido entre ellos a varios de sus correligionarios que hicieron el retiro tras su ordenación en París el 27 de marzo, cuyos nombres están hoy día en el catálogo de los bienaventurados.

De la capital, la sed de sangre se extendía por las provincias: Versailles, Orléans, Lyon y varias otras ciudades, llegaron pronto a ser el teatro de las escenas las más atroces. La noticia de estos desastres llegó al P. Coudrin por medio de François Maumain, y como estas tristes catástrofes, yendo de boca en boca, tomaban cada vez proporciones más gigantescas, nuestro recluso terminó por persuadirse que pronto ya no quedaría ningún sacerdote en el Poitou, ni siquiera en toda Francia. ¿Podía él en conciencia permanecer oculto por más tiempo? “¡Cuántas almas, se decía, están privadas de los socorros de la religión, mientras yo he enterrado aquí el talento que Dios me ha confiado!” Este pensamiento no le abandonó ya más, ¿pero cómo realizarlo? Y sin embargo Dios le había concedido la gracia de gozar de una gran paz interior: “Es cierto, confesaba un día, que en momentos semejantes Dios da grandes gracias. Es verdad que en aquel tiempo no se cometían muchas faltas voluntarias; lo poco que se tenía que reprochar, el amor de Dios lo borra. Si se le escapaba alguno un poco más relevante, gemía por él ante Dios, se excitaba a la contrición lo más que podía y no pensaba más en él. No tenía mayor necesidad de confesarme al cabo de esos cinco meses que tengo al presente a los ocho días.

El abbé Coudrin descendía a veces al granero de Maumain, que no tenía a penas más que nueve pies de largo para pasearse, pero el aire era allí mejor. Esta distracción estuvo un día a punto de comprometerle. Los niños que se distraían en una habitación vecina, miraron por el agujero de la cerradura. Hubiera sido peligroso, si se piensa bien, mantenerles al corriente del drama que se desarrollaba bajo su techo. Por eso se sorprendieron al ver el ir y venir de un hombre vestido de una ropa blanca. No tenían nada más importante que el de comunicar su descubrimiento a su madre cuando esta volvió a casa. La Sra. Maumain, después de haberse asegurado que su primo había subido a su escondite ordinario, abrió del todo la puerta del despacho e hizo constatar a sus hijos que allí no había nadie. – “Entonces mamá, ¿era quizás un aparecido?”, preguntaron Irene y Enrique. El color de la blusa blanca se prestaba a su ilusión. – “Sobretudo no habléis de ello jamás a nadie, ¿me haréis caso?”, les recomendó su madre. Guardaron silencio, persuadidos de

que habían visto a un aparecido; solo se les dijo la verdad más tarde, cuando se había pasado todo peligro.

¡Un aparecido! En realidad, ¿no tenía algo semejante su aspecto? La falta de ejercicio, el calor del verano, le fatigaban en extremo; lo que comía estaba casi siempre frío a consecuencia de la dificultad de llevarle la comida sin que los niños de la casa o los extraños pudiesen darse cuenta. Respiraba con mucha dificultad; se había quedado seco y delgado hasta el punto de que su piel estaba pegada a sus huesos y su cuerpo despedía un olor tan infecto que se emponzoñaba a sí mismo. Sin embargo no sintió ni un momento de decaimiento.

Cada noche, decía la misa en el despacho del Sr. Maumain, a la que asistía de ordinario con su mujer y, algunas veces, la Sra y la Srta. Viart se acercaban vestidas de paisano. La Sra. Bordesolle, que conservaba como una reliquia la pequeña caja en que el Sr. Coudrin colocaba las hostias, en agosto de 1837 consintió en desasirse de ella a favor del P. Hilarión. A pesar de que tenía un gran cuidado de purificar el corporal, Coudrin siempre creía haber dejado en él algunos santos restos y en consecuencia se ilusionaba con la piadosa esperanza de tener consigo el Santísimo Sacramento. Terminada la Misa, volvía subir a su granero donde empleaba todo su tiempo en rezar, o leer la Historia de la Iglesia. Para esta lectura aprovechaba de algunos rayos del sol del verano que podrían filtrarse a través de las tejas y levantaba algunas con el fin de obtener un hilo de luz.

¿Recibió algunas visitas? No habla de ello jamás. Tenemos tan solo un eco, que no se puede tomar a la letra, aunque por la fuente no sea inverosímil. La Sra Bordesolle, que vivía en Châtellereault, donde estaba como vicario el abbé Arnandeu, pretende que este fue varias veces a la Motte, que ambos se acostaban sobre un colchón y que se confesaban mutuamente. Esta última afirmación es ciertamente falsa, ya que el abbé Arnandeu no era aún más que diácono. El P. Coudrin pudo confesar a su amigo, pero sin reciprocidad. Y además estos encuentros, si hubieran tenido lugar, debieron ser posteriores a la primera estancia en la Motte.

Omitiría a gusto el rasgo siguiente si no hubiera sido citado frecuentemente por los historiadores. No quiero relatarlo sin las mayores reservas. Es del P. Julio Carrier que dice habérselo oído al mismo interesado. "Cuando estaba escondido en mi granero de la Motte, habría contado el Buen Padre, Dios permitió que estuviese olvidado durante tres días. En ese intervalo, tuve un sueño en el que veía religiosos y religiosas ir a evangelizar a los salvajes... Pasados los tres días, la señora de la casa se dio cuenta: "¡Oh! Dios mío, hemos olvidado a Marche-à-Terre, debe de estar muerto". Corrió de prisa al granero y Marche-a-Terre se encontraba bien.

Dos cosas inverosímiles saltan a los ojos, aunque la anécdota pudiera tener un cierto fondo de verdad. ¿Cómo suponer que el cautivo estuviera totalmente *olvidado* durante tres días, a menos que cada uno se hubiera convenido con el otro, de modo que la hubiera pagado el avituallamiento!. Hay más: "Oh! Dios mío! hemos olvidado a Marche-à-Terre" habría exclamado la Sra. Maumain.

Ahora bien, este apodo es posterior a la primera estancia del Buen Padre en Usseau. O bien el narrador no emplea este nombre de guerra más que por anticipación y como sinónimo de Coudrin (la Sra. no pudo pronunciarlo), o bien se trata de otra estancia en Usseau, pero entonces no tiene nada que ver con la visión del porvenir. Por otro lado, las cartas del P. Carrié que tengo ante mis ojos no son muy coherentes; flotan al capricho de una memoria demasiado débil, y no deben ser utilizadas más que con mucha precaución.

La Sra. Maumain, muy partidaria del trono y del altar, aceptaba ávidamente todas las noticias que le podían traer algunas esperanzas. “Todo va a cambiar pronto, dijo un día a su primo. El Sr. de Bouillé (un jefe emigrado) llega con un ejército; él va a restablecer próximamente la tranquilidad y la religión”. – “No se engañe en eso, respondió el abbé Coudrin, no ha habido cisma que haya durado menos de diez años; este durará al menos otros tantos”. Según el Sr. Maumain, esta especie de predicción la habrá repetido otras muchas veces; le dieron la razón los acontecimientos porque el cisma duró diez años en Francia. – “Todo lo que tenéis que hacer, continuó el Buen Padre, es daros totalmente a Dios, debéis confesaros”. Jamás había descuidado el Sr. Francisco Maumain, pero debía costarle descubrir los secretos de su conciencia a un joven pariente al que había visto crecer ante sus ojos; se decidió a ello sin embargo, al mismo tiempo Reine, la doméstica de los Viart : fueron las dos primeras personas que confesó, después de aquella de Poitiers.

Se concibe fácilmente que animado por el deseo de procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas, el abbé Coudrin no pudiera resolverse a permanecer por más tiempo en un granero en el que su ministerio no era útil más que para un reducido número de personas. Resolvió salir de allí y extender su campo de acción. Los Maumain hicieron esfuerzos en vano para que abandonara su proyecto; le presentaban la imposibilidad de sustraerse a las búsquedas de los impíos; las mascaradas del mes de setiembre daban un peso singular a sus objeciones. Nada pudo quebrantar la resolución de un sacerdote a quien devoraba el celo de la casa de Dios. La suprema voluntad de cielo pareció manifestársele el 20 de octubre. La Iglesia de Poitiers celebra ese día, la fiesta de San Caprasio, obispo y mártir de Agen. Leyó en la leyenda de este santo, que estando oculto en una caverna para huir de la persecución de Maximino, Caprasio se sintió animado por el deseo del martirio al contemplar el coraje con que una muchacha, llamada Foy, había dado su vida por el nombre de Jesucristo. Pidió a Dios, si le agradaba su sacrificio, que hiciera brotar agua del interior de la roca que le abrigaba; se cumplió el milagro. Inmediatamente el obispo descendió a la ciudad y no tuvo más que esta respuesta al juez que le interrogaba: “Soy cristiano de religión; mi orden es el sacerdocio y mi nombre Caprasio”.

Esta lectura fue como un rayo para el abbé Coudrin. Dejó su granero el mismo día, dejando entre lágrimas a la piadosa familia para la que había sido una fuente de bendiciones. Francisco Maumain le acompañó un trozo de camino; le vió prosternarse al pie de una encina y le oyó ofrecer a Dios el sacrificio de su vida. La Sra. Françóise de Viart hubiera querido que esa encina fuese

respetada en recuerdo de este sacrificio, pero ¡ay! lastimosamente ha desaparecido con el resto del bosque.

Sin embargo nuestro Fundador tenía un fuerte presentimiento de que Dios le conservaría para la obra a la que le destinaba. Dejó entender con palabras encubiertas a la Sra. Maumain, que lloraba mucho y le miraba como un hombre muerto: *“No tenga ningún temor le dijo, no me sucederá nada, Dios tiene designios sobre mí”*. Fue tal el tono de estas palabras, el acento de convicción que puso en ellas el servidor de Dios, que la Sra. Maumain no lo olvidó jamás; al instante le volvió la confianza y se le secaron las lágrimas.

Capítulo IV: La Visión de Usseau

[1º. La misión histórica, 2º. La Visión, 3º. El modo de visión]

1º La Misión histórica del P. Coudrin

Abordamos ahora el punto más importante de nuestra conversación, el más delicado también, porque siempre es difícil a nuestra corta inteligencia sondear los secretos de Dios y comprender las luces extraordinarias que concede a sus santos, cuando él quiere y de la manera que le place. Es inútil añadir que, cuando se trata de revelaciones u otros fenómenos divinos, la última palabra la tiene la Iglesia que las estudia seriamente y no se pronuncia más que con prudencia. Nuestro estudio será, pues, de orden puramente humano y sin querer prejuzgar en cualquier situación, lo que se dirá cuando los hombres competentes tengan que pronunciarse en su momento. A nuestro parecer, esta es la posición del problema: El P. Coudrin ha establecido una nueva Congregación que Dios ha bendecido desde su nacimiento y protegido en todo el curso de su historia; de donde podemos ya concluir que él la quería en su Iglesia y que la ha escogido a estos efectos como instrumento de su derecha.

Sobre este instrumento, en este caso ¿el P. Coudrin *tuvo conciencia* de la misión que le era confiada o se dejó conducir por los acontecimientos que, después de todo, están entre las manos de Dios que los dirige y los agencia a su parecer, aún cuando los hombres no vean el hilo que los une? Si el P. Coudrin tuvo conciencia de su misión, ¿*está ligada con las luces especiales* recibidas en la Motte d'Usseau?. Si la respuesta es afirmativa, ¿*en qué consiste esta visión?*

Creemos poder responder a las cuestiones propuestas en nombre de la historia: Sí, nuestro Fundador tuvo una misión de lo Alto para establecer una obra, que es la nuestra. – Esta misión le fue manifestada de una manera visible, tangible, aún cuando no fue más que de orden puramente intelectual. – Esta manifestación no fue otra que la visión recibida en la Motte d'Usseau”.

Primero algunos documentos generales, pero que tienen su elocuencia: apuntan principalmente a la *persuasión* íntima que tenía el P. Coudrin *de la misión* a la que había sido *predestinado* por el cielo. ¿De dónde venía esta persuasión? Seguramente no de cuento veía o escuchaba en su entorno: todo no era más que ruina y empeoraba cada día más. Su certeza reposaba sobre la voluntad divina que se imponía cada vez más, a la que él no podía escapar. No queremos decir, en modo alguno que, desde el comienzo, haya visto claro en sí mismo, que haya hecho su camino recto como una flecha. Raros son los videntes que, desde las primeras palabras, desde los primeros contactos del Espíritu ha percibido su sentido pleno. Necesitará el P. Coudrin el encadenamiento de los hechos, las intervenciones del cielo, hasta que posteriormente salga de su boca este grito: "*Esto es en verdad lo que he visto*". Fue llegando a la plenitud de la luz que, indecisa a la partida, se hizo fulgurante a la llegada: "*No puedo dudar ya más*", dirá entonces. No dejemos pasar, sin pinzar en buen lugar, la frase pronunciada al marchar de la Mote d'Usseau; puede poner de relieve lo que nos queda por decir: "*Dios tiene sus designios sobre mí*". Uno es libre de tomarla como una de esas banalidades dicha para animarse! Pero verdaderamente ¿no hay nada más? O estas palabras no significaban nada, o nos advierten ya que el Buen Padre se siente reservado para una misión especial. Que él no pudiera definirla todavía, no le quita nada a su existencia. Que le haya parecido un sueño irrealizable, es aún posible si nos referimos a la vida que lleva, a los acontecimientos sangrantes que abaten a los mejores de su entorno. Todas las apariencias se levantan contra sus proyectos sin embargo le persiguen por todas partes. "*Me parecía siempre, confió al P. Rouchouze en 1803, que veía a muchos jóvenes que caminaban siguiéndome*".

Una vez escapó a un peligro de manera verdaderamente providencial. ¿Cuál fue su reflexión inmediata? "*Oh!, Dios mío, queréis por tanto guardarme, sin embargo apenas si lo merezco*". Esta protección cotidiana es el mayor milagro de su apostolado durante el Terror. ¿No tenemos el derecho a insinuar que este milagro ha sido querido por Dios porque llama a su elegido a otra palma que la del martirio sangriento?

Cuando en abril 1794, en los días más sombríos del Terror se afilia a la Sociedad del Sagrado Corazón, no tiene más que los ojos fijos en los sujetos que podrían ayudarle en la realización de sus planes. Cuando encontró a la joven Henriette Aymer de la Chevalerie y llegó a reconocer en ella la piedra sólida, seguirá buscando con ella algunas mujeres que compartan sus puntos de vista; encontrará 5 ó 6 que le permitirán comenzar la obra femenina un poco antes que la obra masculina. ¿No será necesario que la vida contemplativa preceda a la activa? Pero por su lado, dirigirá la mirada sobre los miembros de la sociedad sacerdotal ensayando descubrir allí elementos favorables. No tuvo éxito hasta 1799. Hay una nota que no suele recordarse con suficiente relieve: "*Esta idea de formar una sociedad que extendiera la fe por todas partes, no me ha abandonado nunca. Quise comenzarla con Henri (Henri Arsonneau, compañero de lucha), que me dejó. Lo mismo hice con los Srs. de Prin, con esta intención: cuando ya los instruí, me abandonaron.*"

Entre los diversos testimonios recogidos que se refieren a las luces sobrenaturales que guiaban al P. Coudrin, citamos uno por su especial carácter de autoridad. Es el de un venerable prelado que hizo primero las resoluciones entre las manos de nuestro Fundador con el nombre de Hermano Policarpo, pero que Dios reservaba para la sede episcopal de Orléans. Mons. Brumault de Beauregard (de él es de quien se trata) escribió al R. P. Hippolyte Launay el 16 de octubre 1837, algunos meses después de la muerte del P. Coudrin. "Estoy verdaderamente unido a vuestro Instituto, y conozco el bien que procura a la Iglesia de Dios... He conocido igualmente que vuestros hermanos han tenido la misión de anunciar el Evangelio en las Islas del Pacífico. Estos acontecimientos han sido para mí más conmovedores porque me los dio a conocer el buen P. Coudrin. Un día abriéndome el corazón, elevando sus ojos hacia el cielo, me dijo: *Los veo, esos hijos, en sus caminatas apostólicas en países lejanos, ganando almas para Jesucristo*". Estas palabras me las dijo cuando él *comenzaba* a ejecutar los grandes deseos de su hermosa alma".

Más claramente todavía, en una carta del 14 noviembre 1837 al P. Hilarión que había solicitado más amplias precisiones, el mismo prelado se expresa así: "Mis relaciones con vuestro venerado Padre han sido una de las circunstancias más señaladas de mi vida. He leído a menudo en su corazón y puedo decir que no he conocido jamás nada más recto y más puro. Su fe era grande y el motivo de todas sus acciones era un amor por Dios de una gran generosidad. Una de las cosas que más me llamaron la atención, fue la confianza que me hizo un día en 1801. Iniciándome en sus deseos para el porvenir, me dijo: *"Mis hermanos, mis hijos, irán a salvar almas. Les veo partir para las misiones, avanzar en los países lejanos, en las islas, donde irán a hacer conocer y amar a Jesucristo"*. Con toda seguridad en aquella época, nada podía hacer prever la realización de estas palabras: no tenía entonces a su alrededor de él que al Sr. David (el P. Isidoro), a vos (el P. Hilarión) y a otro que os ha dejado (H. Bernard de Villemort)".

2º La visión

El P. Coudrin tuvo luces especiales sobre el origen y el porvenir de su Instituto. Son la consecuencia de una visión personal, es decir aquella de la Motte d'Usseau.

El primer lazo que tenemos entre la obra y la visión es muy conocido y repetido hasta la saciedad. Con justa razón, por otro lado.

Hasta 1797, el Buen Padre no habló jamás a nadie de las gracias recibidas en su granero. Por humildad, sin duda, pero también, en parte, a causa de las incertidumbres en las que Dios le dejaba. Lo que vamos a narrar fue un rayo de luz para él y no hizo más que confirmar que estaba en el buen camino. En la necesidad de separar los diferentes elementos de la sociedad del Sagrado Corazón, juzgó prudente buscar un abrigo para las Hermanas que quisieran unirse a él y a la Madre Henriette. Cuando el lugar fue decidido y la compra proyectada, la Madre Henriette y la Hermana Irene de Viart, que

proporcionaba los primeros fondos, invitaron al abbé Coudrin para que fuera a visitar el lugar. Tan solo verlo, el Buen Padre dejó escapar un grito misterioso: "¡Ah!, esto es exactamente lo que había visto!".- "¡Eh!, ¿qué habíais visto"?, repitieron las damas. El abbé Coudrin hubiera querido guardar su secreto, pero se había roto el tiempo. Presionado por sus preguntas, les declaró todo. El P. Hilarión que nos ha transmitido este hecho, añade que el Buen Padre *lo ha repetido varias veces en su presencia*. Este era el primer eco de la visión de la Motte d'Usseau.

Ya hemos dado un gran paso en nuestra investigación. Prosigámosla, interrogando a los testigos que pueden darnos alguna luz. Tenemos un guía de primera calidad, el R. P. Benoit Perdereau (1820-1844-1895), una de las figuras entre las más puras de nuestra Congregación, fundador y director de los *Annales des Sacrés Coeurs*, superior del Seminario Mayor de Versailles, que ha dejado por donde ha pasado el recuerdo de un sacerdote sabio y santo. Fue la luz del clero versallés que le consultaba cotidianamente, mientras muy humildemente se creía el último de todos; su muerte fue un duelo diocesano. Preparando un trabajo sobre el tema que nos ocupa, trabajo que tenemos sobre la mesa al escribir estas líneas, hace un llamamiento a todos los supervivientes el Buen Padre, a todos cuantos han vivido en su intimidad, escuchado sus lecciones. "*Ahora bien, escribe, del examen concienzudo de las notas que han consignado por escrito, el resultado es la convicción de que el P. Coudrin ha recibido luces extraordinarias en el fondo de su oscuro reducto*". A continuación el P. Benoit. Perdereau, escuchemos otros testimonios, todos, e insisto en ello, todos contemporáneos del Buen Padre.

El primer citado es el R. P. Antonin Bigot (1785-1818-1864) que escribió el 19 setiembre 1863 al R. P. Léon Leriche, uno de los Padres encargados por el Capítulo General de este año de preparar una vida del Fundador: "Nuestro Padre me ha dicho haber tenido como fin principal, de concierto con la Buena Madre, Henriette Aymer de la Chvalerie, el de hacer un acto de expiación ante el Smo. Sacramento en reparación de tantos horrores y profanaciones, y permaneciendo todavía escondido en la Motte d'Usseau, pensando en los medios de propagar esta devoción, había visto un gran número de personas, hombres y mujeres, colocados en dos hileras y formando una procesión de la que veía la cabeza, pero no podía percibir el fin. Todo ese mundo le parecía no formar más que una familia: lo que le hizo pensar, y tener la inspiración, de formar una reunión de almas piadosas especialmente dedicadas a la reparación de las injurias. Añadió que enseguida, al conocer a la Buena Madre, tomó la resolución junto con ella de establecer una sociedad destinada a imitar las cuatro edades de Nuestro Señor Jesucristo, y de remplazar en alguna manera las órdenes religiosas suprimidas. Desde ese momento su fin no había variado".

A este testimonio (es el P. Perdereau quien habla) añadiremos otro, que no es menos importante, el Rvmo. P. Euthyme Rouchouze (1813-1834-1869), tercer Superior General de la Congregación. Este digno religioso tuvo la ventaja de asistir a las conferencias teológicas que el P. Coudrin daba en la casa principal en presencia de sacerdotes y de hermanos estudiantes. El auditorio estaba

compuesto de una veintena de sacerdotes y de una treintena de hermanos, profesos o novicios. Algunos, con una piadosa trapacería, le conducían a hablarles de sus aventuras en los tiempos de la Revolución. El venerable Padre, caía a veces en la trampa inocente que le tendían sus hijos, pero en cuanto se daba cuenta de la digresión que se le quería hacer: "No es de eso de lo que se trata, decía, volvamos a la cuestión". A menudo insistían hacia el final de la clase y lograban conseguir una tan larga prolongación que se comía a la una en vez de a mediodía.

Ahora bien, en una de esas expansiones paternas, un día llegó a dejarse arrastrar narrando lo que él había creído ver en su granero de la Motte d'Usseau. El Rmo. Padre Euthyme estaba presente, y lo que retuvo de esta conversación, fue que nuestro Fundador había visto a su Congregación bajo la figura de una inmensa procesión, vestida de blanco y caminando en dos hileras. Veía bien el comienzo pero no percibía el fin. Repitiendo estas palabras del Buen Padre, el P. Euthyme, tenía la costumbre de añadir: "Todas las veces que leo en la leyenda de San Romualdo esta visión de la escala que llegaba de la tierra al cielo y sobre la que subían y descendían hombres vestidos de blanco, me viene de inmediato al espíritu la visión de la Motte d'Usseau". Desgraciadamente, la nota de este relato tomada por el P. Euthyme ha desaparecido, como tantas otras, en los días nefastos de la Commune. Pero el director de los "*Annales*" (es decir, el P. Benoit Perdereau) mantiene como un deber atestar aquí que él escuchó a este venerado Padre leyendo ese documento. Creamos al R. P. Benoit Perdereau, un hombre incapaz de "*travestir*" la verdad.

Aquí hay ahora algunas líneas un tanto vagas del Hermano Théodore Martín (1811-1830-1879), que tuvo la dicha aproximarse al Buen Padre en su calidad de enfermero:

"Un día de domingo, después de haber cantado las vísperas, el Buen Padre subió al púlpito; fue en Picpus en la capilla de las Hermanas. Muchos de nosotros estábamos allí, tanto sacerdotes como hermanos. Nuestro Buen Padre parecía estar en un recogimiento profundo; tenía los ojos bajos, hablaba un poco bajo y suspiraba cada palabra: "Señor, decía, vos me habéis escogido, a pesar de ser un indigno instrumento, para formar esta pequeña Congregación... Sí, estaba en ese granero, donde me ha parecido que veía Hermanos y Hermanas vestidos de blanco con manteos rojos, y que allí estaban (*y en aurait*) entre ellos los que llevaban la bandera de la fe a los países lejanos".

A estos diversos testimonios citados por el P. Perdereau, añadiré otro último conservado en los Archivos de la Casa Madre. Es del P. Nicéphore Amadon (1802-1825-1883) que asistía a la ceremonia de despedida de un grupo de misioneros que iban a Oceanía; estaban vestidos de blanco:

"Sí, yo estaba presente en esta última alocución que nos hizo el Buen Padre y en la que nos abrió enteramente su corazón paternal. Yo conocía bien su visión en el granero de la Motte d'Usseau, pero nunca me había hablado de ella, aunque él se comportaba conmigo con mucha libertad. Nos dijo: "*En un*

primer momento no creía en ello, por el temor de padecer una ilusión; ahora no puedo dudar de ello porque estoy viendo su cumplimiento real...".

¿Podemos terminar con un testimonio más claro? El Buen Padre iluminado por el desarrollo de los hechos, no dudó más de lo que había visto en la Motte d'Usseau: pues entonces ¿por qué vamos nosotros a dudar de ello?

3º El modo de la visión

Una última cuestión: *¿Bajo qué forma exactamente se presenta a nuestro Fundador su visión de 1792?* Hemos dado la versión más tradicional entre nosotros. Yo no puedo más que confirmarla, una vez más, dejando hablar al interesado en una de sus exposiciones abiertas que tuvo que hacer con toda sencillez ante sus hijos: *"Un día (en setiembre, según el P. Hilarión), habiendo subido a mi granero después de haber dicho la misa, me puse de rodillas ante el corporal, donde creía siempre tener el Santo Sacramento. Vi entonces lo que somos ahora. Me parecía que estábamos muchos reunidos juntos, que formábamos una tropa de misioneros que debíamos difundir el Evangelio por todas partes. Como estaba pensando en esta sociedad de misioneros, me vino también la idea de una sociedad de mujeres. Esta idea de formar una sociedad que llevara por todas partes la fe no me ha abandonado nunca.* Ya veis que el Buen Padre, o quien haya recogido sus palabras, mezcla la visión que él afirma (*"vi lo que somos ahora"*) y la *"idea"* que le vino de formar una *"sociedad misionera"*: hay en esto un complemento y en manera alguna una oposición. *"Él ha visto"* y *"le viene la idea de realizar esta visión"*, sin saber todavía cuándo y cómo...

La "visión" ¿tuvo lugar bajo una forma sensible o puramente intelectual? Es evidente que, solamente, el Buen Padre estaba en condiciones de responder con exactitud a esta pregunta. Y además da lugar a dudar de ello, porque, ya lo saben, cuando el profeta "ve", no siempre distingue si es con los ojos de carne o con los ojos de su espíritu. La palabra de San Pablo siempre está presente: *"An in corpore, nescio; an extra corpus, nescio, Deus scit"* – 'no sé si con el cuerpo o sin el cuerpo, Dios lo sabe' - (2 Cor, 12, 2). Intelectual o sensible, la visión de Usseau, cumple todas las condiciones de un hecho histórico bien establecido y sólidamente probado, uno de esos hechos que indican una misión en el porvenir y determinan los caminos de la Providencia a favor de su elegido.

No creemos que debamos aceptar la versión según la cual el Padre Coudrin habría visto su Congregación bajo la imagen de una tropa de misioneros ocupados en segar los campos, mientras que no lejos de ellos mujeres ataban y recogían las gavillas. Esta figura alegórica le habría sido sugerida, se dice, por el espectáculo que podía contemplar desde el alto de una torre a la que se retiró en último lugar; otros dicen, levantando una u otra teja del techo. Esta lectura se presta a diseñar bellos dibujos, pero la creo puramente fantástica, mientras no se pruebe lo contrario. El Buen Padre afirma formalmente haber tenido su visión: 1º De rodillas durante su acción de gracias; 2º en su granero, y no en una torrecilla mirando a lo lejos el campo. 3º bajo la forma de una procesión desfilando, no de segadores y segadoras

ocupados en cortar las espigas o en liar las gavillas. ¿Hay que añadir que en el mes de setiembre la recolección había terminado en el Poitou hacía ya varias semanas?

¿Debo mencionar una última explicación que, esta sí, parece una simple fantasía? La visión del Buen Padre, habría sido puramente imaginativa, un sueño de un cerebro enfermo bajo el efecto de la fiebre que le provocó un abatimiento moral, una cierta anemia cerebral. El P. Julius Carrié ¿no la coloca durante un largo ayuno de tres días durante los cuales se habrían olvidado de llevarle la comida al recluso? Las privaciones y, en consecuencia, la debilidad física, habrían influido sobre sus facultades superiores, hasta haber turbado la imaginación. Admito que este caso sea posible, pero nada semejante aparece en la visión del Buen Padre.

Si no sabemos más, acusemos respetuosamente al mismo P. Coudrin y suscribamos esta observación del R P. Perdereau: "Lamentamos que la modestia de nuestro Buen Padre haya cubierto con un velo impenetrable ciertos detalles que hubieran estado llenos de interés para sus hijos". El P. Perdereau habla de "detalles", pero lo esencial está a salvo: allí hubo una visión, una comunicación sobrenatural en el origen de nuestra doble Congregación, esto es lo único que importa.

Conclusión: la Nostalgia de la Motte d'Usseau

Al alejarse de su misterioso asilo, nuestro piadoso Fundador llevaba en lo más íntimo de su alma la impresión de las gracias recibidas. El resto de su vida, el recuerdo de su retiro le acosará sin cesar y hubiera aceptado a gusto volver allí para acabar sus días terrestres. Creamos rectamente que este sentimiento no es solamente amor por la vida oculta, deseo de un recogimiento competente, deseo de prepararse tranquilamente a su eternidad. Hay más, hay eso que hemos intentado decir: el gran acontecimiento que le dictó su destino. Hubiera sido tan dulce el morir, cumplida su tarea, allí donde Dios le había dado su mandato

Él 2 de mayo escribe a un Hermana: "El recuerdo del pequeño granero de la Motte d'Usseau, mi asilo durante los malos días, me inspira sentimientos imborrables". Pero es sobretodo con la H. Viart, cerca de la que vivió estos malos días, con la que le satisface abrir su corazón y revivir el pasado; tuvo la alegría de verla haciendo fila en el número de sus hijas, convertirse en una de las "Orantes" de su visión, superiora de varias casas y finalmente Superora Genral. La escribía el 24 de octubre 1823: "Se han cumplido 30 años el 20 de octubre (debería haber dicho 31) desde que dejé el granero de la Motte, y es desde otro granero que os grito hoy: ¡Viva el Sagrado Corazón de Jesús!". Efectivamente, es con el mismo espíritu de pobreza y en recuerdo de Usseau, cómo habitando en Troyes en casa del abbé Saget, escogió por habitación un granero, donde apenas podía ponerse en pie, donde todos sus muebles consistían en una cama, dos sillas y una pequeña mesa.

Tres años más tarde, la misma religiosa habiéndole invitado a visitar la casa de Cahors, donde le ofrece la habitación que había ocupado el obispo de Perpignan, recibe esta respuesta (23 febrero 1826): "Gracias a Dios, mi querida hija, no he olvidado que el granero de la Motte me convendría mejor que la habitación de Mons. de Perpignan".

Qué tristeza la suya cuando se enteró que pensaban vender la Motte d'Usseau, su sufrimiento al ver que los hijos y los niños de François Maumain se desinteresan de esta casa. Él no olvida nada, "no olvidará jamás. Nada se me ha borrado de mi corazón; mi memoria puede fallarme, pero me es de una fidelidad consoladora...después de mi soledad en el granero y en la torre de la Motte...".

Y aún el 2 de octubre 1830: "Vos os interesáis siempre por el pobre anciano y no pensáis en un ingrato, porque todos estos días hago memoria de todos los amigos de Irene que he conocido en la Motte d'Usseau. Hace 38 años y dos días que dejé *este feliz granero* donde el querido tío de mi pobre hija tuvo la felicidad de morir en paz, donde la vi a ella misma y donde ella comenzó su sacrificio. Un prisionero diría "horrores" de su calabozo, de los grillos que le separan del mundo; el P. Coudrin que tuvo una celda más amarga, habla, él, de "*su feliz granero*".

El 16 de enero 1829, había escrito estas líneas que contienen nuestro ramillete final: "Mi buena Francisca, nada nuevo tengo que decirle. Nuestros años avanzan, el granero de la Motte bien pronto (alusión a las inquietudes religiosas del fin del reinado de Carlos X). "¡*Qué feliz me sentiría terminando mi carrera como la comencé!*".

¿En qué se ha convertido el lugar de la Motte d'Usseau, ese estuche que contiene una joya tan preciosa para nosotros? En 1863 El Rmo. P. Euthyme Rouchouze compró el castillo, la granja y algunas parcelas de terrenos. En 1879, el Rmo. P. Marcellin Bousquet aumentó la propiedad. El Rmo. P. Euthyme había destinado allí a tres de sus religiosos para dirigir las obras que debían permitir hacer de este lugar santificado, una casa de retiro o hasta establecer allí un noviciado. Los acontecimientos de 1870-1871 pararon todos los proyectos.

Por aplicación de la ley de 1901 contra las Congregaciones, el castillo y la granja fueron puestos a subasta. Se debía proceder a ello el 24 de julio 1913. Ahora bien, el 19 de julio precedente, el Rmo. P. Flavien Prat lanzó una simple y elocuente protesta que publicó la prensa local bajo el título "*Liquidación de un granero histórico*". En esa página que cerró en nuestra cuenta congreganista la historia de la Motte d'Usseau, el Superior General se dirigió a aquel Poitou que fue la cuna de nuestra Orden; evocó el recuerdo de nuestro Fundador; hizo valer que habíamos pagado este inmueble con nuestro dinero y terminó condenando la venta proyectada y fustigando a quienes nos despojaban.

Para la enajenación en justicia, se hicieron dos lotes, uno comprendía el castillo, las construcciones de explotación y las parcelas cercanas; alrededor de nueve hectáreas; el segundo se componía de un conjunto de, más o menos, cinco hectáreas. Los dos lotes fueron adjudicados por 34.000 francos al Sr. Eugène Coudrin, de Usseau. Éste se había provisto de todas las autorizaciones canónicas antes de salir como comprador. A pesar de su apellido, no tenía, al parecer, lazo de parentesco con los Coudrin de Coussay-les-Bois.

Si el Buen Padre tuvo la "nostalgia" de su granero, nos está permitido tenerla por nuestra parte... por las mismas razones que él...

Nota.- Ver la inadecuada restauración – consultar "Horizons Blancs"
M.10.08.06